OBRA PONTIFICIA DE LAS VOCACIONES SACERDOTALES

Año V - Núm. 28 Barcelona Abril 1944

¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya!

Os habéis fijado, Angeles del Seminario, que en estos días en la Iglesia se repite tantas veces la palabra Aleluya?

Pues bien, quisiera explicaros el porqué de este Aleluya. Es que estamos en tiempo pascual, y es tiempo de alegría. Porque en él recordamos la alegría que tuvieron los apóstoles y los primeros cristianos al conocer la resurrección de Jesús.

¡Qué asustados estaban, los mismos apóstoles, al verle morir en la cruz! ¡Qué miedo tenían a los judíos!

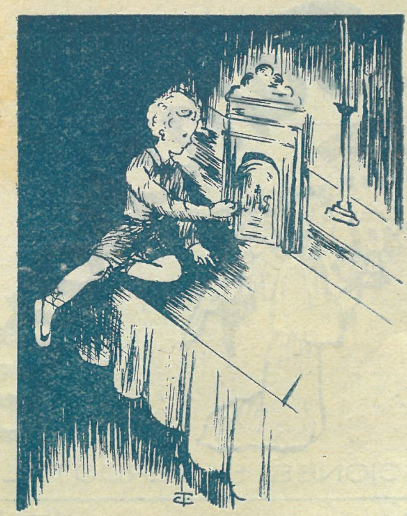
Pero cuando Jesús se les apareció resucitado, manifestándoles su gran poder... ¡ah!, entonces el temor se convirtió en alegría. ¿Os imagináis la alegría que sintió la Sma. Virgen, la que sintieron los Apóstoles?

Por esto la Iglesia, nuestra Madre, se alegra y canta "Aleluya", porque renueva en sí misma la alegría que sintieron los primeros cristianos.

Y me preguntaréis vosotras: Bueno, pero ¿por qué hemos de fijarnos en esto de una manera especial? Y os responderé: Porque vosotras debéis participar también de esta alegría. Y la razón es porque sois los Angeles del Seminario las que proporcionáis en gran parte esta alegría a la Iglesia.

¿Os extraña que diga esto? Ya veréis por qué lo digo: "La Iglesia se alegra, no sólo porque Jesús resucitó, sino porque las almas muertas por el pecado resucitan también a la gracia, recibiendo los Sacramentos". Y ahora os pregunto: ¿Quién es el encargado de administrar los Sacramentos, sino el Sacerdote? ¿Y quiénes son las que con sus oraciones y sacrificios procuran que Jesús nos dé muchos y santos sacerdotes? ¿No son los Angeles del Seminario? ¡Claro que sí! Por lo tanto, podéis ver si tenía razón o no al decir que sois en gran parte las causantes de la alegría de la Iglesia. ¡Aleluya, pues, Aleluya!

Alegraos, Angeles del Seminario, y dad gracias a Dios por haberos escogido para una cosa tan grande, y seguid pidiendo mucho por los sacerdotes y seminaristas.



La Primera Comunión de Miguelín

Era a primeros de agosto de 1936. Había llegado también a un pueblecillo de la Sierra la ola de odio y persecución a todo lo sagrado. Envuelta en llamas se derrumbaba la antigua iglesia del pueblo.

En el convento de Clarisas que había al extremo de la población corrían angustiadas las monjitas.

Joaquín, hombre bueno y sencillo, esposo de la portera y sacristán, se afanaba por poner en salvo algunos objetos de culto.

El capellán no llegaba...

Las monjitas se deshacían en llanto. El vocerío infernal se percibía cada vez más cerca.

"¿Quién nos abrirá el Sagrario?" —se decían —. "No hay tiempo que perder."

En aquel momento entra Miguelín con su madre, la portera. Era un niño de cinco años, un angelito rubio y candoroso, que fué designado para sacar al Señor. ¡Qué manos puede haber menos indignas que las de un niño inocente!...

—Miguelito —le dijeron—, toma esa llave, abre la puertecita del Sagrario y repártenos las Hostias consagradas.

—Pero *pa* mí también.

—No, Miguelito, eres muy pequeño todavía y aun no has hecho la primera comunión. Anda, aprisa...

—Pues no abro la puerta. ¡Ea! Yo *quero* al Señor *tamien.*

—No, hijito —dice su madre—. Cuando seas mayor recibirás al Niño Jesús.

Las monjas, conmovidas por tanta inocencia, accedieron a los deseos de Miguelín.

Subió el niño sobre la mesa del altar. Con la llavecita de plata abrió la puertecilla del Sagrario...

Jesús, en medio de su dolor, sonreiría para corresponder a la sonrisa de satisfacción de Miguelín.

¡Momento trágico y feliz esta primera comunión! Después comulgaron todas las religiosas.

Los incendiarios forzaban la puerta. Las monjitas empezaron a salir por la puerta de la sacristía.

Mientras tanto, Miguelín iba repitiendo por la calle la oración que le había enseñado una de las monjas:

"¡Señor, yo *quero* ser sacerdote!"

* * *

Han pasado siete años. Miguelín, el del Convento de las Clarisas, está ya estudiando en el Seminario. ¡Quiere ser sacerdote!

Por el éxito del Congreso Eucarístico

Oración

A los pies de vuestro trono de Madre, Reina y Señora nuestra, acudimos, ¡oh Virgen María!, con las dulces advocaciones de la Merced y de Montserrat, bajo las cuales tanto os veneramos y amamos los hijos de Barcelona y de su Diócesis.

Os pedimos bendiciones sobre el Congreso Eucarístico, con el que nos proponemos honrar y glorificar a vuestro divino Hijo Jesús, en el Sacramento de su Amor, que El instituyó para quedarse entre nosotros con verdadera y real presencia para ser abundosa e inagotable fuente de vida sobrenatural.

Moved el Corazón de vuestro Hijo, celestial Señora, a fin de que al homenaje que le rindamos en el recinto de nuestros templos y públicamente en las calles y plazas, se asocie toda Barcelona y toda la Diócesis y ni uno solo quede esos días, que no tenga algún pensamiento de su mente, algún afecto de su corazón para Jesucristo Sacramentado.

Como gracia especial, fervorosamente os suplicamos para el Papa, que el Señor le conserve y le haga feliz; para la Iglesia, Cuerpo Místico de Jesucristo, que cada día sea más perfecta la unión entre todos sus miembros; para España, que viva días de prosperidad y de gloria; y para el mundo, una paz, fruto de la justicia, duradera y fecunda.

Os lo pedimos por el mismo Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

CON CENSURA ECLESIÁSTICA — SECRETARIADO DE J. F. DE A. C. - RBLA. CATALUÑA, 32. BARCELONA — 28040 - ALTÉS